Las cenizas de la flor

Angel Crespo

La mentira veraz

Parece mentira que los moralistas en cuyas doctrinas se fundamentó la educación de muchas generaciones de españoles sólo distinguiesen tres clases de mentiras, y eso suponiendo que la mentira es todo lo contrario de la verdad, cosa con la que no estoy de acuerdo, pues ya he escrito y publicado que "entre la mentira y la verdad se encuentra lo cierto". ¿O es que podemos hacerlas incompatibles si pensamos que tanto la una como la otra tienen por misión colaborar en la formación de nuestros juicios?. Colaboradoras, y no enemigas, mentira y verdad nos espolean en los momentos en que no sabemos cuál de ellas es cuál: y en vista de ello, también he escrito que "cuando no estoy seguro de la verdad, miento para asegurarme" y que "verdad sola es tiranía; mentira sola, también; las dos de la mano, libertad"; y no creo necesario, después de lo dicho, justificar esta meditada opinión.

Sí, ésta de la mentira y la verdad es cuestión que interesa sobremanera a cuantos no somos dogmáticos y, en consecuencia, a los amantes de esa mentira veraz que es la verdadera poesía. Tanto, que yo creo una regla de oro —o, si se quiere, una prueba de las nueve musas— para juzgar la calidad de un poeta y sus obras la que he formulado con estas poças palabras: "Verad sola es locura; mentira sola, estupidez; de la mano, genio."

Volviendo a los vitandos moralistas a que me he referido al principio, recordaré que sus tres clases de mentiras son la dolosa, la jocosa y la piadosa. La dolosa es la que se toma más en serio a la verad, puesto que su razón de ser es negarla, hacerse pasar por ella y, en suma, confundirnos, bien mediante el conocido método de no decir la verad, toda la verdad y sólo la verdad, bien mediante su ignorancia o su substitución.

La jocosa, ya se comprende, es la destinada a hacernos reír, y me parece —o estoy muy equivocado— que tiene muy poco que ver con la moral. Es, por ejemplo, dentro de la mentira artística y veraz no contemplada por los tratadistas de marras, la que echa Rabelais, con objeto de provocar escenas sorprendentes y regocijantes —cuando dice que el joven Gargantúa era más alto que las torres de Nuestra Señora de París, a pesar de lo cual cabía en las aulas de la Sorbona. La piadosa es, en cambio la más triste: la que trata de evitar o atenuar el dolor que causaría la verdad. Recuerdo, a propósito de ella, aquella ocurrencia, oída en mis años mozos, del que dio a la esposa de un difunto la noticia de su fallecimiento diciéndole que se había "muertecito". Era una ingenua mentira piadosa inventada para atenuar el dolor de la viuda.

Pero la mentira de la que no nos hablaban aquellos supuestos educadores era la mentira poética, que es, precisamente, la pensada y urdida para decir la verdad. No cualquier clase de verdades, pues no merecería la pena inventar mentiras para decir que la piedra es dura y que el agua moja, sino las verdades que, de alguna forma son sublimes, misteriosas, increíbles o las tres cosas a la vez. En este sentido, todos los mitos son mentiras poéticas y, por ello mismo, hermanas de la verdad, es decir, verdades tan profundas que aparentan no serlo; verdades cubiertas, para no deslumbrar, por el velo de la invención. Y también para que nos familiaricemos con ellas porque, en general, aparecen adaptadas, aunque su realidad profunda no lo estén, a la percepción de nuestros sentidos corporales o a la de nuestras facultades espirituales y nuestras pasiones anímicas.

¡Que cantidad de mentiras verdaderas han contado los poetas de todas las culturas y todas las religiones!. Siva convertido en pastor que seduce a las jóvenes indias, es decir, la divinidad que rinde la voluntad de las almas ingenuas y puras: Deucalión y Pirra tirando a su espalda unas piedras que se convertirán al instante en hombres y mujeres, es decir, los propagadores de la cultura convirtiendo en dinámica y orgánica a una humanidad estática y primitiva; los centauros, mitad hombre y mitad caballo —pero con el hombre en la parte eminente de su ser—, es decir, el símbolo de nuestras componentes terrenal y espiritual todavía compitiendo entre sí; Odín haciendo penitencia y perdiendo voluntariamente uno de sus ojos, es decir, sacrificándose y dejando de mirar a las apariencias con la vista corporal, simbolizada por el ojo ya ciego, y mirando sólo a las realidades ocultas, con el ojo vidente. Mentiras que nos impelen hacia la verdad porque es ella quien las inspira. No mentiras dolosas, jocosas ni piadosas, sino puras y veraces mentiras poéticas. "Cuando no estoy seguro de la verad, miento para asegurarme". Porque la mentira poética —es decir, toda verdadera poesía— está inspirada por el deseo de verdad.

Dice el lingüista Rudolf Steiner que "la mentira reside en el corazón de lenguaje" y que "el lenguaje es el principal instrumento de la negación del hombre a aceptar el mundo tal y como es", y recuerda que, para los griegos, la mentira era un arte. Yo creo que caían con frecuencia en la dolosa, siempre que tuviese la apariencia de artística, a fuerza de exceder en la poética, por lo que una de las causas de su decadencia debió de ser esta falta de perspectiva respecto al mentir. Nietzsche, por su parte, creía que el genio del hombre es su capacidad de mentir, porque es un inventor de experiencias que ni él ni la humanidad han tenido.

Que la mentira resida en el corazón del lenguaje es cosa que no podemos negar, porque el lenguaje con corazón —no el puramente referencial e inanimado— es una invención poética; que el lenguaje se niega a aceptar el mundo tal y como es significa —o así me parece— que es, cuando tiene corazón, un instrumento para la s: peración de las apariencias, del supuesto ser del mundo; y ello porque el hombre se niega a aceptarlo —y aquí Nietzxche— tal y como es, o parece ser, según los datos de nuestros sentidos y de nuestra todavía escasa experiencia intelectual

No nos queda, pues, más salida que la de la verdadera poesía, la de esa sublime mentira en la que la verdad se refleja, inaprensible pero innegable, como en un mágico y huidizo espejo.

Ansiedad; osbcuro destierro

Juanjo FLORES ALCON

Tuvimos una vaga sensación de que era aún viernes, de que tal vez transcurría un Mayo luminoso porque el sol de media tarde nos doraba la frente, de que todo era por una vez y en un instante como debía ser y sin embargo, qué distinto. Algo se nos había detenido, como en una foto fija, y en ese detenimiento era posible escapar del propio pensamiento, poco a poco, sin prisa alguna, sin que la vida nos empujase desde afuera y se contentase con albergarse en nuestro seno.

Nos descubrimos paseando, olvidado en algún recodo del camino el automóvil, y en su guantera, perdidos todos los rumbos; quién sabe si perdido el cúmulo de todas las infelicidades. El aire se nos inundó de golondrinas que rizaban con sus piruetas la distancia y el silencio; al prado, entre el oleaje de las espigas, parecían abrírsele aquí y allá cientos de pequeñas heridas granas como amapolas. Creo que fué entonces cuando recordamos aún ese ligero desfallecimiento que nos había estado recorriendo el cuerpo entero a intervalos constantes. Era a veces como un escalofrío de nuestra mente, acostumbrada no obstante a otros escalofríos quizás más distantes, quizás más nuestros. Era esa una sensación que parecía partir de nuestro perfecto centro de gravedad y expandirse así en continuos latidos cada vez más amplios hasta invadirnos todo el ser. Parecía escaparse por completo a nuestro control, brusca como un vómito muy prfundo, y rehuía sin tregua toda caricia, todo intento de alivio, semejando ser completamente libre de venir hasta nosotros o de irse como el fin de una maldición; sin embargo desde siempre sospechamos que quizás fuésemos nosotros los únicos dueños de desterrarla de nuestro ser o de desterrarnos en ella para siempre como tantos otros. Cuántas veces nos había obligado ese escalofrío a doblar algo la rodilla cansada y a extraviar nuestras miradas hacia el suelo en un afán de exhalar no sé que ajeno desasosiego; cuantas veces nos hizo perder de vista la lejanía del horizonte, allá donde moramos, y nos obligó a contar uno a uno los pasos dados, a negociar mezquinamente su valor.

Desapareció el camino confundiéndose con el paisaje y nosotros, confundidos ya con el camino, nos detuvimos, los ojos repletos con el verde intenso que albergaba miles de puntos que eran la primavera misma en cada uno de ellos, en cada color, en cada flor; el rostro impregnado con todas las fragancias que el viento nos traía, forjando en nuestro pelo su mensaje. La vista abandonó sus puntos de apoyo y perdió el miedo para suspenderse en el vacío, para acompañar el vuelo de las golondrinas en su acrobacia, para dejarse caer en picado o planear en el viento cálido. La distancia, el espacio mismo, se tornó sentimiento como el tacto en una caricia es sentimiento; toda la inmensidad que aguardaba frente a nosotros se nos había metido dentro; habíamos pensado, ingenuos, que nos abarcaba por entero, que nos observaba en silencio, eterna e infinita, y éramos nosotros ahora los que la abarcábamos a ella, los que, cerrando los ojos, la observábamos en silencio, eternos e infinitos.

Reemprendimos el regreso y ahora los campos nos pertenecían por entero, florecían en nuestro interior y al soplar el viento lo hacía por nuestro deseo; nuestras miradas fueron solo las de un hombre y una mujer, sin nombres, sin pasado, y al encontrarse el silencio las tornó elocuentes.

La pequeña hoguera de un pastor resplandecía al borde del camino, muy cerca ya de la carretera; el fuego chisporroteba; apenas acababan de emerger las llamas de la nada; eran las primeras y por ello parecían las más ávidas de existencia. Toda la hoguera cantaba, elevaba sus quejidos de madera seca, el leve rumor de la vida que fué y que se iba tornando luz, y a cada suspiro del fuego, escapaban miles de pequeñas chispas que remontaban el cielo, casi nocturno ya, como pequeñas estrellas errantes.

—Es así como nacen los miles de estrellas del firmamento, en cada hoguera —dijo una voz susurrante, qué importa cual, en la penumbra—. Este y no otro es el misterio de la creación.

Ya no supimos si seguía siendo viernes, si Mayo tocaba a su fin y el canto de las cigarras anunciaba la llegada del verano, si en la guantera de nuestro automóvil moraba un vacío inconmensurable.

Frente a la ventana que daba a la pequeña placita, a la hora en que las primeras luces de la calle se hicieron necesarias, nosotros apagamos la de nuestra habitación y en penumbra seguimos contemplando esa inmensidad entre las callejas rodeadas de casitas blancas, casi colgadas en el aire, y entre esas manos que se negaron ya a separarse.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Mujer Barbuda, La. 27/7/1985.